

LA EUTANASIA: DECISIÓN LIBRE Y PERSONAL CON EL APOYO DEL DERECHO PARA OBTENER LA LEY

JOSÉ GABRIEL COLEY

“Era esto la vida le diré a la muerte.
Pues bien, que se repita”
F. Nietzsche

RESUMEN

Sólo el hombre es consciente de su finitud. Ante ella, se angustia, le busca sentido a su vida y a la continuidad de ésta. Se sabe destinado a morir y ese desamparo ontológico le lleva a plantearse la continuidad de su existencia de algún modo. Desde la vida eterna y sin dolor en el más allá después de la muerte (justificación última de todas las religiones) hasta con sofisticadas máquinas artificiales.

El problema de la muerte necesariamente remite al problema del destino último del hombre, al sentido de la vida, al qué hacer con la vida que nos legaron; a la justificación del vivir, a la continuidad o la nada; a la vida como ofrenda meta vital o a la desesperada impotencia ante el fin; en todo caso, a la angustia y el miedo a lo desconocido.

Palabras clave

Vida, finitud, destino, miedo, eutanasia, libertad y muerte.

ABSTRACT

Only man is conscious of its finitude. In front of he gets anxiety, He looks for meaning in his life and the continuity of it. Is known to be destiny to die and helplessness that leads him to ask the ontological continuity of its existence somehow. From the eternal life and without pain in the afterlife, after death (ultimate justification of all religions) until machines artificial sophisticated machines.

The problem of death necessarily refers to the problem of man's ultimate destiny, the meaning of life, what to do with the life that it was given to us, the justification of life, continuity or anything, life as an offering to the vital target or so desperate in the face, or at least to the anguish and fear of the unknown.

Keywords

Life, finitude, fate, fear, euthanasia, freedom and death.

* Docente e investigador universitario. Universidad del Atlántico.

En verdad resulta cosa bastante extraña el vivir. Extraño significa lo que no pertenece, lo que llega. Un músculo que llamamos corazón, late día y noche, se contrae y se dilata cien mil veces, mientras la tierra da una vuelta completa sobre sí misma. Este músculo, por ley inexorable, cesará de latir algún día y una hora y al cabo de algún tiempo y como antes de nacer, yo no existiré, pues quedará de mí a lo sumo las cenizas que podrían caber en una cajetilla de cigarrillos.

Las leyes de la vida, sobre todo las de la genética, determinaron que naciera. Yo no he querido nacer, eso es extraño a mi voluntad que fue posterior, pero si puedo decidir cuándo morir.

Nacemos como prolongación de una cadena vital de miles de millones de años y morimos para que otros nazcan añadiendo aldabas no sabemos hasta cuándo en este planeta azul.

“Todo lo que nace merece perecer”, nos dice Mefistófeles, en “El Fausto” de Goethe, y todos sabemos que el hombre es un ser para la muerte según Heidegger. Pero la muerte no es más que la consecuencia de haber vivido. La vida, definitivamente, es “un túnel que va del útero al sepulcro”.

Albert Camus en “El mito de Sísifo” nos plantea que “juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se viva, es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”.

Desde que nacemos asumimos la vida con toda su herencia genética. Amamos lo dado, lo protegemos, buscamos el placer y el bienestar; huimos de los peligros y el dolor. Los animales también lo hacen pero, no saben de la muerte. Ella simplemente los sorprende, ya sea por enfermedad, vejez, pero más que todo por la depredación natural de la cadena alimenticia.

Sólo el hombre es consciente de su finitud. Ante ella, se angustia, le busca sentido a su vida y a la continuidad de ésta. Se sabe destinado a morir y ese desamparo ontológico le lleva a plantearse la continuidad de su existencia de algún modo. Desde la vida eterna y sin dolor en el más allá después de la muerte (justificación última de todas las religiones) hasta con sofisticadas máquinas artificiales.

El problema de la muerte necesariamente remite al problema del destino último del hombre, al sentido de la vida, al qué hacer con la vida que nos legaron; a la justificación del vivir, a la continuidad o la nada; a la vida como ofrenda metavital o a la desesperada impotencia ante el fin; en todo caso, a la angustia y el miedo a lo desconocido.

Pero no vamos a hablar de la muerte como problema metafísico, filosófico, ya que “la muerte no es ningún acontecimiento de la vida; la muerte no se vive”, nos dice Wittgenstein. Vamos a hablar de la vida, pero en su etapa final.

“Sólo vivimos cada cual nuestra propia vida, solos enfrentamos la agonía y solos morimos. Nadie nos ayuda, en última instancia, a no morirnos”. Pero en ese trance inevitable hacia la muerte debe darse con dignidad, por decisión propia y sin dolor. Es lo que se ha denominado EUTANASIA.

La palabra eutanasia proviene del griego **EU**, que significa bueno, bello. De este prefijo provienen también, por ejemplo, Eugenio, que significa bien nacido; Eufemia, bien dicho; Euforia, alegría; Eufonía, sonido bello, e incluso Eucaristía, encuentro con lo bueno, esto es, con Dios, y se celebra con pan y vino; y de **THÀNATOS**, muerte. En gracia a una definición podríamos decir que “**Eutanasia**” significa “la muerte buena que una persona proporciona a otra para ahorrarle un sufrimiento físico o moral insoportable o la degradación inmediata o subsiguiente de su actual condición física, psíquica o moral”.

Pero, alto ahí. La eutanasia es la ayuda de alguien para el bien morir, pero debe darse, sólo y sólo si el muriente lo solicita en uso de sus plenas capacidades mentales y no en la coyuntura del extremo dolor.

Es decir, como se hace con el testamento, por lo que se debe hacer respetable la decisión final o última voluntad del que desea morir. Y sus familiares, médicos y autoridades están obligados a cumplir la determinación del agónico en caso de que éste no lo pueda corroborar por inconciencia.

Agonía proviene del griego **àgonos** (**àgora**) que significa lucha, esto es la vida contra la muerte. Algunas veces gana la vida, pero en la mayoría vence la muerte, sobre todo en un enfermo terminal.

El hombre a través de la ciencia está en capacidad de pre-decir, de pro-ferir (profeta), cuando este estado final se acerca irreversiblemente. De hecho, muchos médicos no consideran la conservación de la vida como un cometido principal sino, por el contrario, el deber de aliviar el sufrimiento con toda la habilidad y energías posibles. Si en la práctica no puede llevarse a cabo por causa de una enfermedad incurable, entonces, creen ellos, la obligación de remediar el dolor de la persona que se encuentra enferma prevalece sobre la necesidad de prolongar su vida.

Sobre todo cuando observan que en el mundo donde viven se destruyen muchas vidas sanas con demasiada frecuencia. Eutanasia social, “muerte buena”, dirían los que la proporcionan. Pero sin el consentimiento o autorización de las víctimas, diría yo, y creo que ustedes también.

Sólo ahora, en este país del Sagrado Corazón de Jesús, se está decidiendo en ley sobre eutanasia, mucho más de medio siglo después de haber sido fundada en 1935, en Londres, la Eutanasia Society.

“Todo nos llega tarde, hasta la muerte”, repetiría el poeta Julio Flores, desde su tumba en Usiacurí, si se le per-

mitieran a sus cenizas reencontrarse con el verbo perdido. Recordemos que el verbo es acción, creación, luego vida, vida buena, por supuesto (recordemos al Génesis).

Pero no puede ser vida buena, evidentemente, la existencia de una persona desafortunada (porque hasta para la forma o manera de morir hay que tener suerte en este valle de lágrimas) con parálisis progresiva que lo va convirtiendo en un ser inútil. Se vuelve incapaz de alimentarse a sí misma, de cambiar de posición, de manejar sus mecanismos excretores y de mantenerse limpia; se encuentra “aprisionada en su propio cuerpo”.

¿Es esa una buena vida? ¿Si la persona pudiese verse ella misma, fuera de sí, salir de su cárcel, desearía continuar sufriendo, dando penas y penando en vida, sabiendo que no tiene ninguna otra oportunidad que la de disolverse más tarde que temprano, en la naturaleza de la que siempre ha formado parte desde antes de nacer, dadas sus incessantes transformaciones hasta ser hombre?. Sabemos que el dolor forma parte de la vida, que ningún ser inerte siente sufrimientos, pero cuando los vivientes no tienen la mínima esperanza (luego esperar) de vivir la vida-buena ¿vale la pena de que se siga viviendo la vida?

Debe llegar un momento (la vida son sólo momentos, según Borges) en que hay que decidir en nuestra contra (léase u óigase a favor) entre las ansias incancelables de vivir y la eutanasia. Porque no se trata solamente de vivir,

sino de la calidad de vida que se lleva o se quiere prolongar inútilmente.

Pero se debe decidir mucho antes, y en estricto uso de la mayoría de edad de la razón, al decir de Kant, para que la eutanasia se cumpla en nosotros, y no cuando la circunstancia de los dolores insoportables nos obligue. Se debe decidir como con la cremación de nuestros restos, o la donación de nuestros órganos vitales. Lúcida, plena y racionalmente.

Sí, la eutanasia es una manera de suicidarse. O mejor, la síntesis entre un suicida racional y un homicida piadoso, en caso de que no podamos nosotros mismos acabar con un estado de postración estúpido, insulso e indecoroso.

Si la previsión es el adelanto a la naturaleza, cualidad **sine quanon** de la filosofía y la ciencia, ¿por qué ahora no quiere permitirse?

¿O lo que hay que hay que hacer es aplazar la muerte en aras de una vida vegetativa o a partir de la vida con dignidad?

¿No constituye acaso una razón de peso el pensar en reducir el período de agonía, si tan solo promete abundantes sufrimientos?

De todas maneras no existe criterio impugnable a la soberana, independiente y libérrima voluntad de desaparecer nuestra vida cuando ya no nos puede ofrecer más que dolores, hastíos y sufrimientos.

En la Edad Media, las personas condenadas a la hoguera, frecuentemente recibían el favor de ser estranguladas por el verdugo antes de achicharrarse lentamente por las llamas. En algunos condenados al fusilamiento, si quedan con vida, existen órdenes de dar el “tiro de gracia” para que el ajusticiado, no siga sufriendo sin esperanzas. Cuando cierto enfermo terminal, no tiene con qué pagar el hospital o la clínica, los aparatos y los medicamentos para que siga su miserable existencia, frecuentemente se les dice a los familiares que se lo lleven a su casa para que muera en paz de Dios entre los suyos, porque le está llegando la hora.

Si para las religiones y los religiosos la muerte es un reencuentro con Dios y la dicha eterna (Él lo necesitó, se dice popularmente), no veo cómo un ser todopoderoso para qué pueda necesitar a un hombre enfermo; tampoco concibo cómo pueden alargar el suplicio y la agonía desesperantes, en vez de acortarlos para la epifanía total.

Definitivamente soy un incurable de la vida, como lo expresa el epígrafe de Nietzsche que elegí para esta breve

ponencia. Pero cuando ella no tenga otra opción que el dolor para continuar vivo o la inconsciencia, deseo la muerte benigna.

Si hay otra vida, bienvenida. Y ojalá nos atiendan las huríes (como a los musulmanes) rosadas como auroras que nos servirán eternamente cerveza e hidromiel; y de saliva tan dulce que si una sola gota cayera en la mar, toda su agua se endulzaría.

Pero como es improbable esa “dicha eterna” prefiero aceptar la nada de Sartre, la insondable nada de lo desconocido, antes del dolor prolongado sin remedio alguno. Sería la manera de humanizar la muerte.

Ojalá pronto se formule la ley con reglas sencillas, pero claras y distintas al decir cartesiano, para establecer en qué circunstancias, y sin ambigüedades jurídicas, debe ejecutarse la vida para el buen Morir.

Y una última pregunta para los falsos moralistas: si podemos decidir sobre cómo morir, ¿para qué con dolor?